

LETRAS

letrillas

LETRONES

TESTIMONIO

Octavio Paz: Un encuentro en Cambridge

Octavio Paz hizo varias escalas al dejar la India y regresar a México, después de renunciar como Embajador por la matanza de Tlatelolco. Una de las más prolongadas fue en el Churchill College de la Universidad de Cambridge, donde ambos ocupamos en 1970 cargos de *overseas fellow*, posición que aproximadamente equivale a la de profesor visitante. Paz se valió tanto del paisaje —el que se ve desde las ventanas posteriores de las casas donde residíamos— para escribir *El mono gramático*, que mis recuerdos de este periodo invariablemente están asociados con este libro.

La proximidad que tuve con Octavio se debió en gran parte a la organización peculiar de las antiguas universidades inglesas. En Cambridge, los *colleges*

son unidades independientes donde viven juntos estudiantes y *fellows*. Los *fellows* se relacionan y traban amistad al tomar sus alimentos en los comedores de cada escuela. Los encuentros más cercanos ocurren después de la cena cuando, al pasar al *Senior Common Room*, el oporto y el madeira estimulan conversaciones de asuntos tanto profundos como triviales.

Antes de llegar a Cambridge, había recibido la lista de los *overseas fellows* y supe que coincidiría con Paz. A pesar de que tenía mucho interés en conocerlo, y aunque nuestras casas en el fondo de los terrenos del College eran casi contiguas, no osé buscarlo porque temía que no quisiera relacionarse conmigo. Él era un personaje de gran prestigio, mientras que yo sólo era un investigador joven que estaba en Cambridge para estudiar un tema cuyos detalles específicos le interesan a pocos: los mecanismos fisiológicos de la regulación de la sal en el organismo. Además, sabía que, tarde o temprano, nos íbamos a cruzar en

alguna de las cenas del College.

Efectivamente, algún tiempo después de mi llegada, lo vi en el *Senior Common Room*. A pesar de que Paz iba de toga, el uniforme obligatorio de las cenas, lo reconocí por mi recuerdo de su apariencia en fotografías de las portadas de algunos libros suyos. Cuando me acerqué y lo saludé en mi español de México, Octavio supo quién le hablaba: era el otro mexicano entre los *overseas fellows*. De inmediato empezó a hablar animadamente conmigo, sin hacer caso de los ingleses que nos rodeaban. Su voz era cordial y amable y su conversación, rica y vivaz: tenía poco de improvisado; rápidamente la encauzaba por temas que parecía haber pensado por mucho tiempo, y dejaba sentir un propósito irresistible de convencer.

Al finalizar me dijo: “Qué bueno que estás aquí. El prestigio es muy importante. Los intelectuales mexicanos tienen que hacerse oír en México. Sólo serán escuchados si tienen prestigio.” Entonces creí que sus palabras eran el consejo de un hombre maduro a un hombre joven. Con el tiempo me di cuenta de que era una parte importante de su programa: buscar el prestigio para tener autoridad moral.

Después de este encuentro nos vimos con cierta frecuencia. La primera vez que nos visitó, acompañado de su esposa Marie José, Octavio, al conocer a mi esposa Sarah, de pelo todavía rubio, empezó a hablar de López Velarde. Aún de pie, citó los versos sobre “la blonda Sara” de *La sangre devota*. Cuando el recuerdo de López Velarde lo llevó al modernismo hispanoamericano, me preguntó: “López Velarde admiraba la poesía de Lugones. ¿La has leído?” Respondí que no la conocía, su actitud cordial se enfrió ligeramente y dijo con gran seriedad: “Hay que leerla, es fundamental dentro de la poesía moderna hispanoamericana.” Le prometí solemnemente hacerlo.

Por fortuna, aquella noche Lugones no fue todo. Octavio continuó con el modernismo hispanoamericano y pasó a hablar de José Juan Tablada, a quien yo sí conocía. Paz admiraba la poesía de

Tablada, pero en aquel momento estaba más interesado por otra tarea fundamental: romper el aislamiento intelectual de México. Terminó la velada insistiendo en que esta tarea debía ser constante y que habría que volver a México a continuarla.

Aunque Octavio me habló mucho en Cambridge de un libro que aún no había escrito, nunca mencionó otro que escribió mientras estábamos en Churchill: *El mono gramático*. Lo descubrí en 1975, aproximadamente cinco años después de dejar Inglaterra. Paz presenta *El mono gramático* como una meditación sobre la fijeza del lenguaje y los objetos, pero no menciona que también contiene muchas reminiscencias. Los recuerdos recogidos en el libro son fascinantes, pero están parcialmente ocultos; Paz cambia las relaciones espaciales y temporales de lugares y acontecimientos, y reensambla los fragmentos transfigurando su sentido.

Mi paso por Churchill me permitió reconocer estos fragmentos y reacomodarlos en sus lugares originales. La primera indicación de que Paz estaba acumulando recuerdos en *El mono gramático* la tuve cuando leí las descripciones, de fidelidad casi fotográfica, de los sitios que rodeaban nuestras casas dentro del College.

Muchas de las memorias y reflexiones de *El mono gramático* empiezan con la contemplación de la colina cubierta por el bosque de las hayas, donde mis hijos jugaban casi diariamente al regresar de la guardería. Paz llama esta colina “pubis del terreno”, por ser una eminencia cubierta de follaje denso rodeada por prados de superficie muy lisa que le recuerda, al iluminarse y oscurecerse con la luz cambiante del anochecer, el pubis de Esplendor, la protagonista de los episodios eróticos de *El mono gramático*.

Además de la colina, Paz describe con gran cuidado los patios detrás de las casas, rodeados por bardas de ladrillo cubiertas de rosas trepadoras, y donde los vecinos dejan botes de basura oxidados y muebles usados. Junto a estas imágenes aparecen los recuerdos

de una visita a Galta, un pueblecillo invadido por el desierto en el norte de la India, donde, desde los templos abandonados, los monos contemplan impávidos a la multitud de visitantes y las vacas sagradas. Paz entrelaza repetidamente las imágenes de Galta y de Churchill, y crea un tejido complejo donde sobrepone asociaciones y reflexiones.

Los cambios continuos causados por la luz y el viento, jugando con las copas de los árboles en Churchill, no sólo excitan la imaginación erótica de Paz, también le provocan una meditación sobre la fijeza de las cosas y del lenguaje: los objetos no son permanentes, se transforman sin cesar. El follaje denso y las manchas en la pared de la casa del vecino le recuerdan una pared en Galta. Asocia los monos de Galta con Hanuman, el mono gramático de la mitología hindú, que contempla su jardín y su harén, y los describe en sus escritos.

El mono gramático también tiene dos docenas de ilustraciones que enfatizan y amplifican el texto.¹ Una pintura de John Constable corresponde a la descripción del aspecto cambiante de los árboles. El follaje bajo, que crece entre las baldosas de los patios de Churchill, se asocia con una pintura de Richard Dadd en la Galería Tate, con lo que se alcanzan dos metas: congelar el paso del tiempo y pintar un personaje ausente.

La descripción minuciosa y apasionada de las escenas eróticas de los capítulos 7 y 11 está asociada con varias ilustraciones: una pintura de Bacon, un desnudo de Harmon y Knowlton, una *Nayika* y la fotografía que muestra a Marie José estrechada por los brazos de piedra que son parte de uno de los observatorios de Jaipur. Esta asociación de texto e ilustraciones amorosas recuerda esa forma de *collage* que las adolescentes estadounidenses llaman un *scrap book*. La franqueza con que están descritas las escenas íntimas es uno de los aspectos más extraordinarios del libro: las memorias escritas en Hispanoamérica de-

¹ Esta descripción se basa en la edición original de Seix Barral (1974); la nueva edición, de Galaxia Gutenberg (1998), tiene sólo ocho ilustraciones, y la fotografía de Marie José en Jaipur está cambiada.

jan, casi invariablemente, los momentos más ardientes en el tintero.

El procedimiento que Paz siguió para conectar objetos y reflexiones es análogo al que William Carlos Williams usó en su poema *Paterson*. Williams fue un médico de Rutherford, Nueva Jersey, y también uno de los poetas estadounidenses más distinguidos del siglo veinte. *Paterson* es muy probablemente su obra maestra. Es un *collage* donde están acumulados textos de naturaleza muy diversa, publicados entre 1946 y 1958 en cinco pequeños volúmenes. Contiene, entre otras cosas, poemas, cartas y descripciones de acontecimientos históricos, médicos y criminales. El propio Williams nos dice que su intención fue acumular dentro de esos libros “todo lo que cualquier hombre puede lograr en una vida”.

Asocio *El mono gramático* con *Paterson* por varios motivos. Primero, la similitud de procedimiento.² Luego, Paz estuvo muy cerca de Williams en Churchill; una noche, saliendo del *Senior Common Room*, me preguntó: “¿Conoces la obra de Williams? Era médico como tú. Acabo de traducir algunos de sus poemas.” También en *El mono gramático*, Paz nos dice que su texto es “un saco de palabras-cosas”, mientras que en otro sitio habla de Williams como creador de “poemas-cosas”. Estas designaciones se hacen eco de la terminología y las ideas de los poetas “objetivistas”, que formaban parte del ambiente que rodeaba a Williams.³

Estas coincidencias sugieren que la similitud estructural entre *El mono* y *Paterson* no es fortuita. *El mono* no intenta, como *Paterson*, abarcar “todo lo que cual-

² Entre los primeros poetas que acumularon fragmentos del ambiente natural para construir *collages*, a semejanza de los pintores modernos, estuvieron dos amigos cercanos: Williams y Ezra Pound. Además de los motivos ya mencionados, sugiero una influencia más directa de Williams, porque éste hace *collages* con más dedicación; Pound combina el *collage* con el uso de modelos poéticos del pasado y de otras culturas.

³ En la obra de Williams se encuentran dos puntos de vista diferentes acerca de la relación entre los poemas y las cosas. Uno, relacionado con el “imaginismo” de Pound, se refiere a la importancia de las cosas que nos rodean en la génesis de la poesía: *for the poet there are no ideas but in things*. El otro, relacionado con el “objetivismo” de Zukofsky, postula que el poema y las palabras que contiene son objetos nuevos creados por el poeta.

quier hombre puede lograr en una vida”, sino que más bien acumula objetos y recuerdos relacionados con el paso de Paz por la India y por Inglaterra. Williams usó la ciudad de Paterson como el lugar común donde coinciden todos los objetos y eventos descritos. Paz, en cambio, hilvana sus materiales usando la figura de Hanuman. Paz se iguala en sus escritos con Hanuman: contempla y describe sus propios encuentros amorosos y los espacios donde ocurrieron.

En la solapa de la última edición de *El mono gramático*, Paz escribe que el libro “no es un relato ni un cuento, sin embargo nos cuenta algo”. En *Los hijos del limo*, también nos dice que “la operación poética consiste en una inversión y conversión del fluir temporal”. Cuando usé mis recuerdos del Churchill College para llevar a cabo la operación opuesta, encontré que *El mono gramático* cuenta lo que cuenta así como el paisaje, que el poeta mira desde la ventana de su estudio, excita sus propensiones más íntimas: la pasión erótica y la pasión por el análisis metafísico del lenguaje y los objetos.

Cuando traté a Paz conocí aspectos muy diferentes de los que revela *El mono gramático*. Así, cuando primero lo conocí creí que teníamos una debilidad común: la que San Agustín llamó *curiositas*, es decir la pasión por el aprendizaje que nos lleva directamente a la salvación individual. Por supuesto que pienso en la versión moderna de esta debilidad, es decir el deseo del aprendizaje que no lleva a ningún provecho concreto. Más tarde, cuando noté la fascinación de Paz por muchas de las aventuras de la poesía y pensamiento contemporáneo, concluí que el término que mejor lo definía era el de “inquietador constante”, frase acuñada originalmente por Jorge Cuesta para describir una conducta parecida de José Juan Tablada. Después, al recordar



Foto: Archivo Cito

los comentarios sobre la búsqueda de prestigio y la autoridad, y al mirar la trayectoria de Paz al volver a México, noté que sus preocupaciones eran más amplias.

Además de sus ambiciones intelectuales, Paz deseaba, como Bretón, encabezar un movimiento. Por supuesto no buscaba el renacimiento del surrealismo. Basado en una visión bien definida del lugar de México en la historia, quería usar las páginas de *Plural* y *Vuelta* para derribar las murallas intelectuales que aprisionaban a nuestro país.

Al acabar de escribir estos recuerdos me di cuenta de que han pasado más de treinta años y todavía no he cumplido la promesa de leer a Lugones. Apuradamente traté de corregir la falta y busqué a Lugones en mis dos antologías de poesía hispanoamericana; ambas incluyen poemas de Paz, de López Velarde y de Tablada, junto con muchos otros, pero no tienen un solo verso de Lu-

gones. En el mismo librero, junto a las antologías, me tropecé con las *Poesías completas* de López Velarde. Para corregir, aunque sólo fuera parcialmente, mi falta fui a releer *A Sara*, y me encontré, en el prólogo de *La sangre devota*, con una advertencia de López Velarde: “Retocar el pasado es una superchería.” —

— DAVID ERLIU

ELECCIONES

Santa Media: una explicación para candidatos

La televisión es más interesante que las personas. Si no fuera así, tendríamos personas paradas en nuestras recámaras. Encenderla a la misma hora y en un canal determinado es el equivalente al rezo moderno y es tan indispensable que, cuando te la desconectan o se va la señal, el corte es compa-

rable al de una operación de próstata: después del tijeretazo, te han quitado un poco más de la mitad de la diversión adquirible. La radio es una presencia menos contundente, pero con un considerable potencial de agitación social. Del incidente con el que Orson Welles hizo creer a los radioescuchas que los marcianos habían descendido sobre su pueblo, me quedo con los que realmente salieron despavoridos de sus casas. Creían que, escondiéndose en la gasolinera del pueblo, los marcianos jamás podrían encontrarlos. Se escucha el radio en el automóvil en la misma manera en que uno se mete un dedo a la nariz: con una mezcla de distracción e indolencia, aunque con la certeza de extraer algo de ahí. En las casas, la radio se usa como la música de fondo. Pero opera al revés de la música de fondo en las películas, que se usa para dramatizar algún momento clave. En las casas, la radio es una música de fondo que des-

dramatiza la vida de las amas de casa. Y, por último, la prensa escrita es un espacio de rituales matutinos, que se hojea con paciencia para detenerse en tal o cual frase, en los pies de foto y en los cartones. Todo lo que suene a denuncia o a sorna es leído con compulsión. La existencia del alarmismo en la prensa escrita es la evidencia de que, por lo menos, la sociedad que la sostiene tiene claridad sobre que nadie puede decirle dónde comienza el periodismo responsable.

Digo todo esto porque ya veo venir a los políticos en campaña para las elecciones intermedias del 6 de julio. En esta ocasión serán los medios el gran tema. Ya hay indicios de que ahí será la contienda central debido, entre otras razones, a la extraña relación que el Presidente, el Secretario de Hacienda, los partidos y el Congreso tienen con los periodistas, sus empresas, y sus obsesiones. Según estos políticos, el periodismo tiene que ver con la verdad. Pues se equivocan o nunca han leído un periódico. No tiene mucha ciencia: la cosa en los medios se mueve si es informable, no se mueve si carece de interés. Si es verdad o mentira, si ofende y ofusca, eso es parte del tema. El tema se continúa, aguanta desmentidos, reacciones, sigue durante meses o se desvanece en dos días. Si un candidato dice que el país sí va a crecer al siete por ciento y otro se cae de ebrio por el barandal de la casa de campaña, el que aparecerá en los medios será este último. ¿Entendieron?

Aunque, a estas alturas, los candidatos se preguntarán, ¿pero cómo hago para que me hagan caso los medios?

Si usted tiene un partido donde el presidente, el coordinador de la fracción parlamentaria y el dueño de la compañía que contrató para hacerle la publicidad es usted mismo, jure que aparecerá varios días.

Si usted declara que la única mujer dentro de la que ha estado es la Estatua de la Libertad, que el sida es un invento de las empresas de látex, y que las relaciones intermaritales son repulsivas, le garantizo un día.

Si llama a una conferencia de prensa disfrazado con una peluca y grita: “Yo soy Carlota Robinson”, una portada.

Si usted tiene un partido, una cadena de farmacias, una asociación contra la corrupción, y una alianza con el PRI, haga un escándalo aprovechando todas esas posiciones. Se le sugiere tomar el problema del abasto de medicinas como un acto de corrupción o corromper la cadena de farmacias con el abasto de los partidos, o incluso deshacer la alianza a la mitad de la campaña y tomar por la fuerza la Farmacia París.

Haga parte de su programa de campaña la idea de la decapitación inmediata a los delincuentes en flagrancia, de la decapitación en etapas a los reincidentes, y de la decapitación semanal a los menores infractores.

Defiéndase de algo de lo que nadie lo haya acusado y presente una denuncia en contra de sí mismo.

Engorde hasta explotar, póngase un gorrito con cascabeles, y llegue beodo a su cita con los reporteros. Hable de la forma en que ha conservado, contra viento y marea, su dignidad.

Busque el debate televisado. En la tercera réplica, quítese la ropa.

Haga confesiones. “Lo mío es lo del cantautor y me voy a gastar el presupuesto de mi bancada en un videoclip.” “¿Hijo del gobernador? No, si a mí nada más me reconoció para darme un apellido. Soy hijo del Beto Pelotas.” “Yo ni voy a hacer campaña, ni voy a estar ahí en las sesiones, ni nada de comisiones. Es más: en esta legislatura, no pienso salir del bar.” “¿Legislar? Pos, ¿no es aquí donde te dan coche con chofer?”

Anuncie que terminará con el problema de la basura en las calles. Delante de los medios, ubique una bolsa, ábrala y cómase el contenido.

Estas fórmulas ya han sido probadas, por lo que le garantizamos su aparición en los medios. Y, señores, los periodistas no son los que eligen, éstos se llaman electores. Los de la credencial con fotografía, ¿recuerdan?, éstos son a los que tendrán que convencer. Y, por último, una idea: no leer los periódicos, ni

escuchar la radio, ni ver la televisión es válido sólo si usted es místico tibetano. Se lo digo porque, ¿adivine qué? Si usted apaga la tele, la transmisión sigue ahí. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

RELIGIÓN

Partenia: la redención en red

Después de más de una década de practicar una pastoral explosiva y de varios sonados desacuerdos con el Vaticano en temas como la homosexualidad o el celibato sacerdotal, el obispo Jacques Gaillot terminó por agotar la paciencia de las autoridades romanas, y en 1995 fue retirado de su sede en Normandía. En una suerte de reprimenda velada, fue nombrado obispo de Partenia, una diócesis fantasma extraviada en alguna parte del norte de Argelia, y de la cual no se tiene ninguna noticia desde hace más de quince siglos, cuando desapareció devorada por el desierto. Debido a las circunstancias geográficas de la nueva sede y gracias a las posibilidades del ciberespacio, monseñor Gaillot puso en práctica una idea insólita: la creación de una diócesis virtual, y transformó así un castigo en la oportunidad de contar con una especie de prelatura personal que le permitiera tener un contacto privilegiado con la asamblea de los cibernautas. Este obispo —que ha preferido encontrarse con un militante anti*partheid* en prisión a acompañar una peregrinación a Lourdes—, ha resucitado a Partenia de su tumba de arena para erigirla como la primera diócesis en red del planeta, convirtiéndose en el primer obispo del ciberespacio, encargado de evangelizar las tierras paganas de internet.

El proyecto de una diócesis virtual —con su matrimonio entre la exclusión y lo electrónico común a otras experiencias de disidencia digitalizada— puede llegar a representar un novedoso cuestionamiento del futuro de la organización eclesial. A los ojos de sus numerosos entusiastas, Partenia

constituye una tentativa por descentralizar las iniciativas eclesiales y la regulación de la fe: una nueva revuelta contra el ultramontanismo que no encuentra en la Iglesia Católica tal como la conocemos más que una vigorosa fuente de exclusión. De forma más concreta, Partenia podría anticipar el desarrollo de una Iglesia en red que experimentará una transformación similar a la de otras instituciones que abandonaron la organización jerárquica para adoptar una estructura horizontal y descentralizada. Del mismo modo que las tecnologías del libro alteraron la fisonomía de la Iglesia, y así como la Reforma fue una disputa acerca de la imprenta, la Biblia y los modos de su lectura, las tecnologías de la información y la comunicación pueden dar lugar a otras formas de ser creyente.

La primera formulación de un vínculo entre el cristianismo y la red, sin embargo, no se originó en ninguna iglesia. El parentesco se debe más bien a los numerosos miembros de las tribus electrónicas que han visto en la obra de Pierre Teilhard de Chardin una inesperada profecía de la era de la información y la prefiguración de un mundo en red. Gracias a esta rehabilitación, la figura de Teilhard de Chardin —un antropólogo y jesuita francés que hace algunas décadas provocó tanto el entusiasmo como la reprobación debido a la tentativa visionaria de reconciliar la fe con la evolución— ha encontrado finalmente la redención como un autor de culto entre los entusiastas de la tecnocultura. Como parte de sus indagaciones sobre la evolución del cosmos, este sacerdote imaginó la formación de una nueva capa planetaria: la noosfera (de *noos*, “mente” en griego), la “envoltura de sustancia pensante” que recubre la superficie de la Tierra. De forma sorprendente, Teilhard de Chardin atisbó en el ascenso de las tecnologías de la informática y la comunicación el agente primordial para el advenimiento de esta conciencia global. Concibió la idea de que los adelantos técnicos harían posible la conexión de los miles de centros de reflexión que componen a la huma-

nidad y adoptarían la forma de una extraordinaria red mundial. Para no pocos fanáticos de la red, internet es la concretización misma de la noosfera, y lo mismo la culminación de una teleología tecnológica que un nuevo estadio en la evolución del universo.

Las especulaciones que ligan a un sacerdote con el origen de internet introducen la sospecha de que los enredos de una diócesis a la deriva del ciberespacio van más allá de un simple conflicto de gestión eclesial. Revelan acaso la inquietante posibilidad de que, en el ánimo de usuarios y creyentes, internet se perciba como un progreso espiritual. Al proponer un modelo para el catolicismo futuro, el ingreso de la Iglesia al universo de la realidad simulada representa una experiencia ambivalente: ofrece la promesa de estimular la vida de los templos, pero amenaza con alimentar una imaginación que funde lo electrónico con lo espiritual. Después de constatar la liturgia cotidiana del correo electrónico, se vuelve evidente que la percepción religiosa de lo digital es una práctica generalizada. La significación antes atribuida a los antiguos fetiches del progreso —la aspiradora, el refrigerador— palidece a un lado de las devociones ofrecidas en ese altar disfrazado de utensilio que constituye cada ordenador personal. Frente a los nuevos gnosticismos electrónicos y las tentaciones de la virtualidad, quizás la Iglesia no deba contar tanto con el traslado de los templos a la red, sino con la afirmación de aquello mismo que la instituye: una extraña confianza en la naturaleza corpórea de su fe.

Pero si las visiones heterodoxas de Teilhard de Chardin sobre la evolución han sugerido las bases de una futura teología de la red, el Vaticano se ha encargado de colocar, tal vez sin advertirlo, los primeros cimientos de una posible demonología de la información. En un gesto de consecuencias desconcertantes, la Santa Sede ha decidido llamar a los servidores de su sitio de internet con el nombre de los ángeles: Gabriel, Miguel y Rafael. Si uno de estos artefactos se viene abajo, privando

a los internautas de sus servicios, por un revelador juego de palabras una zona de la red se encontrará de frente con un demonio. Tal vez todo servidor descompuesto sea un ángel caído, y toda red se revista de una cierta naturaleza maléfica en el momento en que deja de funcionar. Quizás el Vaticano —gracias a una lucidez profética o a un sentido del humor particular— ha descubierto otro aspecto del carácter religioso de la red y las posibilidades infernales de su desaparición en un mundo que no puede vivir sin ella. El frágil universo de las redes vive el riesgo permanente del desplome: de que sus ángeles se rebelen negándose a funcionar, obsesionados con su poder, precipitándose al abismo, convertidos en demonios que aletean encima del *debris* de un mundo conectado.

Ahora que el celebrado éxito de las redes parece propagar una imagen de la comprensión universal, Partenia y otros símbolos de la circulación en dos sentidos entre el mundo de las computadoras y el ámbito de la fe se encuentran en una circunstancia de presumibles proporciones bíblicas. La consecuencia del pecado de Babel fue la diversidad de las lenguas, el destierro del edén de la comprensión original: una segunda expulsión del paraíso. Ahora, la conexión total de las redes parece infundir una vida concreta al sueño de la comunión generalizada y constituir un paraíso artificial, sucedáneo del entendimiento perdido, como si en la era de la información se encontrara la realización de un genuino antiBabel. A pesar de todos sus azares, entre la onerosa multitud de secuelas de la nueva época, puede surgir una que trascienda a su tiempo: el descubrimiento, como figura central de un nuevo repertorio simbólico, de la fiesta de Pentecostés, esa olvidada imagen del entendimiento en la diversidad. Gracias a su afinidad con algunos rasgos del espíritu de los tiempos, las lenguas de fuego de Pentecostés podrían anular a Babel como metáfora del desconcierto, y convertirse en un poderoso surtidor de imágenes de la verdadera comunión. —

— HUBERTO BECK

Evocación de Don José María El Mejicano

Dentro de la obra poética de Sor Juana Inés de la Cruz, tan amplia y tan brillantemente analizada, hay un tema que ha merecido una atención menor por parte de sus múltiples estudiosos: el del hijo largo tiempo esperado por su musa y protectora, la Condesa de Paredes, y que aparece en nueve de los poemas que forman, en la edición canónica de Méndez Plancarte, lo que éste llamó “la segunda etapa” de los poemas dedicados a los Marqueses de la Laguna, la que va “*Desde el nacimiento de su Heredero hasta su vuelta a España: del 5 de julio 1683 al 25 de abril 1688*”.¹

El lunes 5 de julio de 1683, a las ocho de la noche, nació en la ciudad de México el niño que el miércoles 14 recibió, en la pila de San Felipe de Jesús, los nombres de José María Francisco Omnium Sanctorum, tercero y único superviviente de los tres hijos que tuvieron estos virreyes. Los óbitos previos: Mariana Francisca, muerta casi al nacer, el 22 de diciembre de 1676, y Manuel, nacido el 2 de agosto de 78, que sobrevivió once meses, hicieron del tercer embarazo de María Luisa Gonzaga Manrique de Lara objeto de gran cuidado, temor y esperanza, sentimientos intensa y genuinamente compartidos por la *Fénix de México*.

Dentro de esta segunda etapa, entre las poesías dedicadas a sus altos protectores destacan dos, la 23 y la 24 del tomo I de las *Obras completas*.² En la primera, “*Habiéndose ya bautizado su hijo, da la enborabuena de su nacimiento a la Señora Virreina*”, Luis González Obregón creyó descubrir un “presentimiento de la Independencia”; en la segunda, “*Con ocasión de celebrar el primer año que cumplió el Hijo del Señor Virrey, le pide a Su Excelencia para un reo*”, Sor Juana dirigió al niño

José María, a quien otorga en vida de sus padres los títulos que sólo heredaría a la muerte de éstos, y para enternecer más al padre, a quien está realmente enderezada la petición, una solicitud de clemencia hacia un tal Benavides, alias “el Tapado”,³ y puede considerarse como un primer ejemplo de la inveterada costumbre de los intelectuales de firmar cartas abiertas a la autoridad. Aquella, como las actuales, puso oídos sordos a la súplica. (En el verso 125 hizo otra petición de clemencia para un inglés cautivo, esta vez dirigida a la virreina, y se ignora si tuvo mejor fortuna.)

Más que “un presentimiento”, el primer poema es en realidad un hiperbólico proyecto político en el que la jerónima, muy consciente de la estirpe real del pequeño al que ahí llamó “el Mejicano” (en quien reconoce, desde tan pequeña edad, virtudes guerreras y literarias mitológicas), expresa en el siguiente fragmento el tan conocido deseo de autarquía que abrigaron desde temprana hora los criollos ilustrados:

Enlace, compuesto heroico
de las armas y las letras,
a los laureles de Marte
las olivas de Minerva.
Crezca gloria de su Patria
y envidia de las ajenas;
y América, con sus partes,
las partes del Orbe venza.
En buena hora al Occidente
traiga su prosapia excelsa,
que es Europa estrecha Patria
a tanta familia regia.
Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el Águila Mejicana
el imperial vuelo tienda.
Pues ya en su Alcázar Real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicos Cerdas

En su exaltada felicitación, Sor Juana consideró que Europa le quedaba chica a los dos altos linajes que convergían en el retoño, al que llama a hacer suya la grandeza del imperio de Moctezuma como forma de legitimación del triunfo de América (tropo que haría suyo el movimiento independentista del XIX y la historia oficial republicana).

En otro sitio me he referido a los antecedentes maternos de José María de la Cerda y Gonzaga Manrique de Lara.⁴ Los paternos no eran menos ilustres. Tomás Antonio de la Cerda, Marqués de la Laguna de Camero-Viejo, virrey de noviembre de 1680 a abril de 1688, era a su vez hijo del VII Duque de Medinaceli, amigo y mecenas de poetas, en cuyo palacio fue arrestado Quevedo el 7 de diciembre de 1639. Los De la Cerda provenían del infante Don Fernando, primogénito y heredero del rey Don Alfonso *El Sabio* (y nieto de San Fernando), “al que llamaron *el de la Cerda* por haber nacido con un pelo largo a manera de cerda en el pecho”,⁵ mote que adoptaron como apellido sus descendientes. Este infante casó con una hija de San Luis, rey de Francia, y después de unas complicadísimas peripecias dinásticas, su hijo, apodado “el desheredado”, fue excluido de la sucesión por las Cortes, que optaron por su tío Don Sancho, pero recibió más tarde de los reyes de Castilla el “Territorio de la Recompensa” como reconocimiento de sus legítimos derechos a ese trono, lo que finalmente convertiría a los De la Cerda en una de las familias más ricas de España.

El destino de José María fue muy otro del que le auguraba en ese poema nuestra *Musa Décima*. Dejó la Nueva España cuando contaba cuatro años y nueve meses, y no sabemos qué recuerdos guardó de su corta estancia en “*su Patria*” ni de los mimos que le prodigó la protegida de su madre. Tornados a España, Tomás Antonio fue nombrado

1 *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo I, *Lírica personal*, edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

2 *Ibid.*, pp. 71 y 74.

3 Según Vicente Riva Palacio: “La verdad sobre los antecedentes y misión que traía a México don Antonio de Benavides fue siempre como un misterio impenetrable; unos supusieron que era un agente de los piratas; otros que era sencillamente un impostor audaz, y otros sostenían que era un comisionado de la corte de España encargado de promover en la colonia una revolución.” *México a través de los siglos*, t. II, *El virreinato*, p. 641.

4 Héctor Pérez-Rincón, “Tántalos, los descos ayunos. En el CCLXXX aniversario luctuoso de la Divina Lysi”, *istor*, III, II, invierno del 2002, pp. 94-110.

5 Medinaceli (Casa de), *Genealog. Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, t. XXVII, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 134.

“mayordomo mayor” de Mariana de Neoburgo-Baviera, segunda esposa de Carlos II “el Hechizado”, en tanto que María Luisa recibió el puesto de “camarera mayor” de la misma señora. El pequeño fue entonces *menino* de la reina. El ex virrey, III Marqués de la Laguna, murió en 1692, no sin antes haber tenido, a pesar de “*vivir en el Cielo*” —*Soror Ioanna dixit*—⁶ (prueba de que aun el Cielo, cotidianamente, puede llegar a aburrir), una hija natural: Tomasa de la Cerda. Nada más sabemos de ella, pero es probable que haya ingresado a un convento.

En 1705, cuando contaba 22 años, José María casó, en el Palacio Real de Madrid, con Manuela María Josefa Téllez Girón, nieta del Duque de Osuna, quien había sido, junto con el de Medinaceli, el otro gran amigo y protector de Quevedo (“*Faltar pudo su patria al grande Osuna / pero no a su defensa sus baxañas: / diéronle muerte y cárcel las Españas, / de quien él hizo esclava la Fortuna*”). En 1713 acompañó a su madre al destierro por apoyar la causa del archiduque Carlos de Habsburgo contra el futuro Felipe V de Borbón, en la Guerra de Sucesión Española. El IV Marqués de la Laguna de Camero-Viejo y XII Conde de Paredes de Nava murió en Viena, a los 44 años, el 21 de enero de 1728 (siete años después de la *Divina Lysi*, que murió en Milán), siendo Gentilhombre de Cámara del mismo archiduque.⁷ Cuando en el siglo siguiente un sobrino bisnieto de éste vino desde Viena a ocupar el trono de Moctezuma, nadie recordó al *Mejicano* descendiente de santos y monarcas.

La fidelidad de esta familia a los Austrias terminó con la prematura muerte de “*ese Amor generoso*” [...] “*ese nuevo Alejandro*”, como lo calificó la exaltación de Sor Juana, pues Isidro Manuel de la Cerda y Téllez Girón, nacido

en Barcelona en 1712, regresó a la Corte y ocupó en Madrid el puesto que había tenido su abuelo: “mayordomo mayor” de la reina, en este caso de la reina madre, Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V, a quien su abuela, la ex virreina, no había aceptado en el trono español.

José María *El Mejicano* fue el tronco de los condes y duques de Parcent, únicos que ostentan hoy el apellido De la Cerda. Ocho generaciones después de él, la *América ufana* de nuestra poetisa tiene un inesperado encuentro con sus descendientes: el doctor Íñigo Granzow de la Cerda, botánico investigador de la Universidad de Míchigan, se ocupa actualmente del estudio y la conservación de los bosques tropicales de América Central, lo que seguramente la habría llenado de orgullo. —

— HÉCTOR PÉREZ-RINCÓN

BIOGRAFÍA

Las mujeres de Felisberto

Hace ya bastante tiempo, Guillermo Cabrera Infante me dio la alegría de acordarse en esta revista de Felisberto Hernández, tan marginal para tantos. Relacionaba al uruguayo con el cubano Virgilio Piñera. Su nota suscitó reclamos de rulfianos y resolví no llover también yo sobre sus siempre atractivos territorios. Si bien nadie discute la absoluta originalidad de Felisberto, sólo rendido ante Rilke, el acercamiento era oportuno, entre otras cosas, porque las circunstancias de ambos limitaron sus famas, breves y nobles como la nariz de Cleopatra. Pero él, siguiendo la flecha del juego verbal, los vincula por antilogía: a Virgilio le gustaban los hombres flacos, a Felisberto las mujeres gordas. Hasta aquí bien, pero agregé “y caras”, y la fama no demasiado canónica de Felisberto no pide esta adición. Literariamente inverificable, es biográficamente incongruente. Hoy, a propósito de una fecha ya trasnochada (y tramañanada) recuerdo aquello. La noción de precio sugiere



Felisberto Hernández: pianista sin gloria.

prostitutas. Disponer de ellas, cierto empeño y algún dinero. De éste careció eternamente Felisberto, pero hasta un pobre podrá conseguir de las “baratas”. El asunto es que, aun siendo la criatura más “quedada” que pedir se pueda para todo lo que no fuese su obra, el escritor tuvo siempre cerca mujeres que lo quisieron (por un tiempo), admirables, desinteresadas y generosas. Fuimos amigos de Amalia Nieto, cultísima pintora, muerta este año, su segunda esposa, que lo fue en el duro tiempo en que Felisberto empezó a vislumbrar sus posibilidades narrativas en medio de su esforzada e itinerante carrera de pianista sin gloria. Tengo copia de las cartas en que él, de gira por provincias, registra paso a paso el nacimiento de su vocación literaria, sin haber logrado, en vida de su propietaria, que se publicaran. Hoy, no sé cuál será la suerte que les espera.

Sus personajes, como la señora de la casa inundada, fueron mujeres de carnes generosas; sus dos últimos amores fueron dos damas wagnerianas. A la primera la conocí también: Reina —que se apellidaba Reyes, y además disponía en corona sobre su cabeza una hermosa cabellera rubia en orden de trenza, como una walkiria pacificada— me comentaba, en la segunda adolescencia de su medio siglo, las cartas idílicas que él le enviaba. Era una maestra prestigiosa e incauta, que se desvió por él y no

⁶ “Pero si al lado, Señor, de aquel divino milagro de quien estrellas el Cielo y flores aprende el Mayo (mi Señora la Marquesa, en quien ya se conformaron el Cielo espirando aromas, vibrando luces el prado), estás, ¿qué mucho será que, el privilegio gozando de que vivís en el Cielo, obtengáis de eterno el lauro? Vivid en su dulce unión dichosamente, logrando en tan feliz Himeneo la ventura de lograrlo”.

⁷ Del mismo modo que su abuelo materno, Vespasiano Gonzaga, lo había sido, en Madrid, del príncipe de Asturias.

paró hasta conseguir liberarlo de una tarea atroz en la Sociedad de Autores del Uruguay: seguir las obras musicales que se transmitían en diversas emisoras, a través de ocho aparatos de radio, para que la noble institución que así lo destruía pudiese cobrar derechos por cada disco transmitido. Los clásicos son gratuitos y libre su aparición en el aire: por la cabeza del pobre escritor sólo pasaba la bazofia que lo alejaba del tiempo de la creación, *leitmotif* de su angustia. El nuevo cargo en la Imprenta Nacional implicaba una mínima mejora: una vergüenza. Reina acogió a Felisberto en su casa, enamoradamente dispuesta a mimarlo y facilitarle su única obsesión: escribir. Las dificultades constantes (y contantes) de su vida quedaron paliadas. La fractura de una pierna de Reina terminó con la relación. El cambio de papeles aterró a Felisberto. Ya antes se había sumergido en el más recóndito ángulo de un sótano, en busca de aislamiento. Le costaba mucho concentrarse para bucear en sus memorias o imaginaciones y escribir. En el entierro de Felisberto, vi junto a su tumba a su última novia, también opulenta.

Pero, hablemos de la que faltaba. Andaluza, lustrosa de piel, expansiva y sin inhibiciones, la conoció en París en su único alejamiento del Río de la Plata. El viaje, que Jules Supervielle favoreció, no fue lo que sin duda había soñado: un cuento publicado en la excelente revista *La Licorne*, una lectura, ninguna posibilidad para el futuro. Debía sentirse solo. María Luisa de las Heras huía de la España franquista. Se casaron, creo que por poder, a su regreso, y ella llegó a Montevideo. Modista fina, se vinculó con mucha gente, trabajó bien en su oficio y pasaron a vivir en un apartamento pequeño pero en un buen edificio céntrico. El matrimonio duró poco. Oímos que ella tenía problemas cardíacos y que él fumaba en el dormitorio por las noches.

Más de cuarenta años puso la verdad, viejo topo, en desempolvarse. María Luisa no se llamaba exactamente así, sino África. Yace en un cementerio

ruso, sección héroes y heroínas, como espía de primera magnitud. Ingresar al Uruguay, centro de información soviética para América del Sur, como esposa de Felisberto Hernández, en sus últimos años activamente antisoviético, fue una cobertura perfecta, en una ciudad pequeña, donde una vida oculta es difícil. Ya divorciada viajó a Europa. Llegó a Italia, a casa de un amigo común, diplomático y escritor, a quien le pidió que le guardara una valija, que luego vendría a recoger. Nunca más se supo de ella. ¿Fue una maniobra para eludir vigilancias? ¿De la CIA? ¿Trató de dejar su vida de espía, escabullirse? El amigo Mario C. Fernández, hoy muerto, ignoraba lo que hoy se sabe.

Quizás Felisberto Hernández pecó al prestar poca atención a las mujeres en las que se apoyaba. Buen discípulo de Carlos Vaz Ferreira, creía en la libertad. Ser instrumento de la máquina política que abominaba habría sido una tragedia en su vida. ¿Habría sido?

Gabriel Saad, profesor uruguayo en la Sorbona, buen conocedor de su obra, nos ha asegurado que a través de su madre, íntima amiga de la del escritor, sabía que éste había descubierto la verdad y que eso habría producido la ruptura con África-María Luisa. Esto nadie parece haberlo oído de boca del directamente implicado.

Sin duda, al final de su vida supo que su obra, por la que él avanzó a pasos de paloma, ahora volaba sola, aunque sin alcanzar espacios donde sólo llegan los que aciertan con la longitud de onda de una mayoría contemporánea. Los tiempos, allá en el Sur, empezaban a no estar para la filigrana de los sentimientos y el buceo en un pasado individual, eximido de contemplaciones con el presente. Confiamos en que mudanzas de su vida, a las que él no parece haberle sacado partido, no distraigan a la crítica de lo que importa: su obra, sus virtudes, sus intenciones, algunas quizás todavía ocultas; que sigan al escritor en su tortu-



Posgrados

CONACYT cuenta con 12,371 becarios realizando estudios de posgrado de calidad en México y en el extranjero. En 2002, se otorgaron 7,045 becas nuevas, cifra que representa un aumento del 15% en un solo año.

www.conacyt.mx

www.conacyt.mx

CONACYT

Ideas con futuro

rado esfuerzo por escapar a la rutina de la escritura y, desde su lejana y escasa provincia del mundo, saltar al punto en el que su memoria, que desdén la Historia, crea la historia de su Memoria.

Felisberto Hernández está, como pocos escritores en el Uruguay, disminuido por la empecinada labor de muchos testigos de su vida, a veces no más que circunstanciales, a veces bastante menos que lectores devotos: anteponele anécdotas, supercherías propias y ajenas, que reducen al escritor a las minucias del hombre. Despellejado, dependiente del mundo del que esperaba auxilio, se escondía de quienes se le acercaban, aun como amigos, como en aquel momento de sus últimos años en el rincón de un sótano, bajando al nivel de las bromas y las trivialidades de café al paso. Esperaría que se comprendiera que eran su máscara protectora, no que fueran atesoradas para un día ser aducidas por testigos fehacientes e inútiles. Tampoco nadie busca un santo en el escritor de *Menos Julia*, *Las Hortensias* o *La casa inundada*. Alguna obsesa piedad familiar asolve el fluir de su obra con obstrucciones tan dañinas como la iteración de nimiedades desde un pálido alrededor.

Cumplido un siglo de su nacimiento (el año pasado) con poca actividad conmemorativa, corresponde desear al fantasma de Felisberto Hernández que su obra pase lo más pronto posible al dominio público, que se lo reedite sin trabas ni prohibiciones, que nadie pretenda salvar su alma ni perdonar sus errores. Tampoco que se lo baje a tierra, con la tradicional falta de respeto rioplatense. Pero es claro que los tiempos

que ya han empezado no serán tan inocentes como las fabulaciones de nuestro singular escritor. —

— IDA VITALE

POLÍTICA CULTURAL

La nueva Biblioteca de México: el elefante blanco del sexenio

Algo peor que una mala biblioteca nacional sería tener dos bibliotecas nacionales malas. En México puede ocurrir la catástrofe si no se planea bien lo que parece el gran proyecto cultural del gobierno del presidente Vicente Fox: la construcción de una nueva Biblioteca de México “José Vasconcelos”, mucho más grande y moderna que la que tiene su sede actual en la Plaza de la Ciudadela, y que a todas luces competiría, por sus dimensiones y pretensiones, con la Biblioteca Nacional de Ciudad Universitaria.

El proyecto fue revelado por primera vez hace un año, como la cereza del programa *Hacia un país de lectores*, iniciativa cultural que sigue mostrando grandes agujeros en medio de las ocurrencias de sus creadores. ¿Qué ocurrencias? Por ejemplo, promover la lectura entre los niños y jóvenes a través de cómicos de la televisión y futbolistas que recomiendan los libros, algo tan retorcido como invitar a la juventud a hacer deporte con imágenes de los eruditos del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM en pantaloncillos cortos, sudando la gota gorda junto a un balón. Las campañas publicitarias, que a fin de cuentas son trampas para la inteligencia, son también un recurso desafortunado cuando se trata de fomentar la lectura en serio, un hábito que, precisamente, ayuda mucho a resistir los embates de la publicidad y la mercadotecnia.

Con antecedentes como éstos y otros traspiés en la ejecución de *Hacia un país de lectores*, es inevitable estremecerse cuando Sari Bermúdez, la presidenta de Conaculta, dice que la nueva biblioteca “es el sueño del presidente Fox. Me

lo dijo claramente: ‘Quiero que esta biblioteca sea para todas las familias de México, porque es la cabeza que se necesita para unir a todas las bibliotecas del país’” (*Reforma*, 24-IV-2003). Y es que una biblioteca del Estado, aunque sea un bien público, nunca será una especie de Oaxtepec para el estudio adonde el pueblo acuda como marabunta. Esto sólo era posible en la delirante propaganda socialista, y hoy sobrevive evidentemente en ciertas declaraciones populistas.

La idea de una nueva y más grande Biblioteca de México es entonces populista, o sea, costosa (ochenta millones de dólares) y oportunista, y lo peor es que ni siquiera deslumbrará al pueblo, porque a éste le entusiasman asuntos prácticos que nada tienen que ver con los libros. Además, si la mayoría de la población de este país no tiene idea de cómo funciona una biblioteca sencilla, tradicional, porque en sus barrios no hay ninguna, menos sabrán qué hacer frente a la tecnología de punta disponible en la nueva biblioteca. Pero este miedo sería posible curarlo con mejor educación escolar y creando o apoyando más las bibliotecas de barrio que ya existen, para aspirar a tener algo como la BiblioRed colombiana, que ha hecho de las bibliotecas bogotanas centros comunitarios efectivos. Sin embargo un esfuerzo así es más laborioso, menos rápido que erigir un edificio grandote, y, lo peor, es menos lucidor para legarlo como la gran herencia sexenal de la política cultural. Así que hay que levantar un elefante blanco cueste lo que cueste.

La nueva Biblioteca de México no tendrá la denominación de *nacional*, aunque sin duda competirá con la que sí la lleva en el nombre, que administra la UNAM desde 1929. Depositaria de los acervos de la Biblioteca Turriana, de la Real y Pontificia Universidad y de apreciables tesoros bibliográficos conventuales novohispanos, entre otros, la Biblioteca Nacional de México no es hoy la que debería ser. Sólo basta visitar el edificio en Ciudad Universitaria para comprobar su pobreza, o intentar con-

www.letraslibres.com

sultar su acervo vía internet para sufrir su antifuncionalidad. En nuestra Biblioteca Nacional no es posible hallar por lo menos todos los títulos de lo que se ha editado recientemente en el país, ni es un lugar amable, práctico, para que alguien vaya a documentarse, investigar, leer, estudiar o escribir con las facilidades deseables. Como los sistemas de seguridad son deficientes, la estantería es cerrada, está prohibido entrar con libros propios y, por si esto fuera poco, es frecuente pedir títulos que aparecen en catálogo y sin embargo no están en sus lugares. Modesta, para desesperación de quien pretendería encontrar ahí, con toda seguridad, lo inexistente en cualquier otro acervo mexicano, la Biblioteca Nacional debería ser apoyada para crecer y modernizarse. Pero esto se ve como capricho de otro sexenio que, sin visión histórica y de Estado, no hay por qué tomar en cuenta. En vez de mejorar lo que ya existe, hay que levantar edificios nuevos y espectaculares.

El proyecto parece tan inevitable que ya empezaron los primeros anuncios concretos. Para empezar, los planificadores decidieron *descentralizar* la nueva sede; entonces se les ocurrió que la nueva biblioteca deberá estar al norte de la ciudad de México, y apenas han elegido el espacio de la estación de ferrocarriles en Buenavista y otros terrenos vecinos. Así que descentralizarán la Biblioteca “José Vasconcelos” más o menos a veinte minutos de su sede actual. Éste es el primer paso... dado, evidentemente, con el pie izquierdo. —

— JULIO AGUILAR

SOCIEDAD

“Se ve, se nota, la banda fuma mota”

Para Luis Ignacio Helguera,
amigo a prueba de balas.

El sábado 3 de mayo tuvo lugar una singular manifestación en la Alameda Central de esta ciudad: mil quinientas o dos mil personas, cannabi-



filicas asumidas o saliendo de ese particular clóset, de las más disímbolas clases e identidades sociales y políticas, se reunieron para exigir la despenalización de la planta de la marihuana en México. La demostración formó parte de una jornada mundial en la que más de doscientas ciudades en el mundo participaron con sus propias manifestaciones.

El acto cobra importancia en México no especialmente por la aburrida repetición de las manifestaciones públicas ciudadanas, esa larga letanía de lamentos y demostraciones populares cuyo impacto político es cuando menos dudoso, sino por la naturaleza de las reivindicaciones expuestas: la exigencia de información veraz y científica sobre un asunto de salud pública, la negativa rotunda a ser considerado por las leyes y por sus guardianes como un criminal cuando no se ha delinquido, y la demanda de respetar el derecho a decidir de los adultos sobre cuestiones enteramente privadas o personales mientras éstas no afecten a terceros.

La manifestación también fue peculiar porque externó públicamente algo que una gran cantidad de personas piensa y comenta sólo en privado: la inutilidad de la guerra contra las drogas tal y como se encuentra planteada

actualmente, cuyos resultados no sólo no protegen a los consumidores (supuestamente los afectados directos por los “delitos contra la salud”), sino que los criminaliza y estigmatiza; porque genera un mercado negro que a su vez produce violencia social y corrupción de las instituciones, y en general porque promueve abiertamente el oscurantismo.

En efecto, difundir que fumar marihuana es tan malo como inhalar cocaína es una mentira piadosa de tintes criminales, lo mismo que

obviar el hecho de que el tabaco mata a millones de personas al año, mientras que en toda la historia de la humanidad no se conoce un caso de muerte por sobredosis o consumo crónico de marihuana.

Así, la colorida y ruidosa asistencia de la manifestación, que se compuso tanto de jóvenes rebeldes o marginales como de músicos, escritores, poetas, pintores, actores, y adultos comunes y corrientes, “formales y decentes”, no sólo echó en cara a nuestra sociedad su evidente hipocresía en este tema, sino que además nos dio una muestra de que, aún en nuestros tiempos, existen posibilidades para la renovación de nuestro por demás gastado y aburrido lenguaje político.

Entre cantos y tambores, consignas como “La ley tiene un hueco / derechos al pacheco”, “Presos pachecos, libertad”, “Los Beatles no tocaban / si no se pachequeaban”, “La mota, legal / eleva la moral” o “No fumes en el clóset / que sea legal el goce”, la marcha anual por la despenalización de la marihuana resultó ser una interesante y novedosa demostración de nuestra sociedad, generalmente gris y aburrida en su expresión política. Al menos ahora, sabemos que tenemos un nuevo sector social que comienza a salir del

clóset en que se hallaba. El próximo año veremos quién más se une al contingente y se atreve a dar ese importante paso. —

— JORGE HERNÁNDEZ TINAJERO

JUSTICIA

Oscuridad de su casa y de la calle

Hace un par de meses, felizmente disimulada por el humo de la guerra, apareció la noticia de que dos reporteros del *Washington Post*, Mary Jordan y Kevin Sullivan, ganaron el Premio Pulitzer de periodismo internacional por una serie de reportajes sobre la justicia en México. O mejor dicho, sobre el abismal sistema de injusticia organizada que se cierne como un buitres sobre las cabezas de la mayoría de los mexicanos. Hechos por el uso a apurar estos tragos amargos, procedemos a aplicarnos el barniz de cinismo con el que solemos blindarnos frente a esta clase de sucesos: ya sabemos qué esperar cuando la patria tiene la dudosa fortuna de figurar en los titulares de primera plana en la capital del imperio.

Leídos uno por uno a lo largo de los meses, los artículos no se distinguían gran cosa del tipo de novedades, casi siempre negativas, que llegan hasta acá desde el sur de la frontera: ignorancia, ilegalidad, contaminación, miseria, narcotráfico, autoritarismo, corrupción, misoginia, violencia. En todo caso, parecían un tanto gratuitos: ninguno de ellos se ocupa de acontecimientos propiamente actuales. Vistos ahora en conjunto, sin embargo, podemos apreciar en ellos los nítidos perfiles de un panorama desolador.

Los artículos están escritos en el estilo estándar del reportaje de investigación estadounidense, y en esa medida son pequeñas joyas del género. Cada uno parte de una historia personal, a la que se le va creando un contexto a lo largo de la pieza, cuyo propósito es enmarcar la significación del caso indi-

vidual en términos de una realidad más amplia. Es un estilo básicamente narrativo, más o menos formulario, dirigido sin ambages a tocar la fibra emocional del lector, que se ve obligado a confrontar, no el análisis frío de informaciones abstractas, sino las tribulaciones concretas de personajes de carne y hueso.

De modo que los reportajes son un rosario de sucesos atroces: el campesino que mató a su primo en una borra- chera y fue condenado por los ancianos del pueblo a ser enterrado vivo; el inmigrante guatemalteco que pasó más de un año en la cárcel por no poder demostrar que no era el homicida pró- fugo que la policía decidió que fuera; el hombre condenado a cincuenta años de prisión sin más evidencia que una confesión sacada a golpes, y admitida sin chistar por los diferentes jueces que revisaron su caso porque “las confesio- nes obtenidas bajo tortura no son neces- sariamente falsas”; las niñas violadas que no se van a tomar la molestia de denunciar a sus agresores porque, en muchos lugares de México, violar a una niña es menos problema que robarse una vaca; el estudiante condenado a cinco años de prisión por usar una credencial ajena para meterse sin pagar al metro; el empresario que negocia el rescate de su sobrina secuestrada, sabiendo que la policía, en todo caso, trabaja del lado de los secuestradores; los “internos” de un centro de “rehabi- litación” para menores, víctimas de los caprichos sadistas de una directora loca; la mujeres que hacen cola, desde la madrugada, frente a la casa del líder petrolero para tratar de obtener como favor lo que debería corresponderles por derecho.

Nada que la mayoría de los mexica- nos no hayamos vivido en carne propia o escuchado por testimonio directo de alguien cercano, pero que, puesto en blanco y negro en uno de los periódicos insignia de este país obsesionado con la legalidad, aparece claramente como lo que es: un sistema opresivo, semifeudal, racista y misógino, que mantiene en el desamparo a la mayoría

de la población y convierte lo que deberían ser derechos primordiales de cualquier ciudadanía en privilegios que se tienen que comprar con dinero o implorar a la misericordia de algún padrino poderoso.

Dos imágenes descorazonadoras se desprenden de la serie de artículos: la primera es que los mexicanos hemos llegado a aceptar este tipo de atropellos como el estado natural de las cosas, algo que ha sido y seguirá siendo siempre del mismo modo. Una peculiaridad desagradable, sobre la que resulta de mal gusto llamar demasiado la atención. Algunas de las víctimas ni siquiera tenían consciencia de que los actos cometidos en su contra era ilegales. Ninguna, pobre o rica, abrigaba la menor ilusión de que pudiera hacerse nada para resarcirlos. La segunda imagen: que un sector entero del Estado se ha convertido en el coto privado de un corporativo de intereses oscuros. En México, la ley funciona cotidianamente como una especie de franquicia, operada para su muy personal beneficio por un ejército de coyotes, abogados, policías, jueces, custodios, madrinas, peritos, contratistas, tinterillos, madreadores, proxenetas y una larga lista de siniestros etcéteras. Quienes tienen la mala fortuna de caer en sus garras, con razón o sin ella, van a ser exprimidos al máximo durante todo el proceso. Desde los sellos indispensables en un documento vital hasta el papel del baño en el retrete del presidio, todo tiene que pagarse a precios de oro. Vivir en una de nuestras mazmorras puede resultar más caro que vivir en un hotel de lujo. Y así como protegerse de la acción de la justicia cuesta, la posibilidad de echarla a andar en contra de nuestros enemigos también está disponible, a tarifas *razonables*. Por eso, hasta en los casos más sonados, la credibilidad de sus instituciones es nula. Como cualquier otro negocio masivo en México, éste de administrar la ley está dedicado a sacarle lo más posible a los pocos que tienen mucho, y lo poco que se pueda a los muchos que no tienen casi nada. Es lógico que

nuestras cárceles estén llenas de pobres: ellos no pueden cubrir su rescate por adelantado.

No se necesita ser antropólogo para darse cuenta de que el deplorable estado de nuestro sistema de justicia es un síntoma eminente de las profundas fracturas que dividen a nuestra sociedad. Abismos económicos, culturales y raciales, a través de los cuales nos contemplamos los unos a los otros con intensa desconfianza. Por mucho que deploremos la existencia de estas estructuras atrabiliarias, les tememos menos que al potencial destructivo que creamos percibir en nuestros conciudadanos. Como sociedad, hemos accedido a depositar algunos de nuestros derechos más esenciales en manos de una casta de mercenarios, a cambio de que nos proteja de nosotros mismos. Antes que cualquier otra cosa, la arbitraria discrecionalidad de nuestro sistema de justicia es un mecanismo de sometimiento, parte del legado sombrío de un pasado colonialista que difícilmente nos atrevemos a mirar de frente.

Que ésta sea la imagen de México que circula por el exterior, cuando menos en Estados Unidos, suele ser motivo de continua irritación para nuestras clases ilustradas. Echa por tierra nuestra ilusión de imaginarnos como una nación cabalmente moderna, que comparte el piso en un plano de igualdad con el resto del mundo civilizado. En vano señalamos la riqueza cosmopolita de nuestra vida intelectual, la compleja sofisticación de nuestras artes, los intrincados recovecos de nuestra historia, las profundidades filosóficas de nuestras raíces ancestrales. Argüimos con razón que en todos lados se dan abusos y corruptelas, que en todas partes son los débiles quienes acaban pagando en exceso por las imperfecciones de sus sistemas judiciales. Pero existe un mínimo aceptable y México está muy lejos de cumplirlo. Mientras esto no cambie, la imagen que seguiremos exportando al mundo será, en buena medida, de barbarie. Los artículos del *Washington Post* son un recordatorio de que ya no vivimos en el ámbito cir-

cunscrito de nuestra propia autocomplacencia. Tal vez un buen comienzo sería dejar de insistir en que no es para tanto. —

— HÉCTOR TOLEDANO

SEMBLANZA

Luis Ignacio Helguera, in memoriam

En *El pez en el agua*, en un memorable capítulo sobre los talentos desperdiciados de la cultura del Perú, Vargas Llosa narra el sino de un grupo de amigos y contemporáneos, especialmente dotado para las artes y las ciencias, que se pierde en destinos trágicos, vidas trucas, trayectorias rotas. No puede ser otro el epitafio de Luis Ignacio Helguera (México, 1962-2003): premio al mérito académico en sus estudios de filosofía y licenciado con los máximos honores con una tesis sobre Heidegger que, en opinión de sus maestros, es una precoz obra maestra; sus derroteros intelectuales lo llevaron a practicar el ensayo literario, la crítica musical (hasta convertirse en uno de los mejores comentaristas musicales del país, como atestigua su libro *El atril del melómano*), el aforismo (recogidos en el libro *Igneos*), el cuento (cuyo título más emblemático y representativo es *El cara de niño*) y la poesía (con libros tan significativos para su generación como *Traspatio* y *Murciélagos al mediodía*).

Quizá la línea secreta que une toda su obra de creación sea la concisión y la permutabilidad de los géneros: sus aforismos tienen la elegante economía de medios de sus poemas: “Ni sí, ni no, ni ni”; “El velorio es una fiesta sin anfiteatro”; “La lluvia es de ayer: cuando llueve, está lloviendo en patios de ayer. Por eso cuando llueve, miramos melancólicos por la ventana”; “El mar: única monotonía que no cansa”; “Soñé que no podía dormir, y que al fin me dormía y soñaba que no podía dormir. Desperté exhausto”. Sus poemas son también pequeños relatos en prosa, con



la inteligencia-bisturí de sus aforismos: Helguera fue un poeta del instante, de lo cotidiano vuelto trascendente a fuerza de decantación y sutileza; sus cuentos, de aliento contenido, son historias redondas, breves, a caballo entre la fábula y el aforismo largo, siempre con alguna paradoja o giro irónico como secreto motor narrativo, cuentos que son pequeñas minucias astronómicas perfectamente observadas. Helguera unía un sentido de respeto artesanal por la palabra escrita con una agudísima inteligencia para encontrar nuevos vinos en odres viejos, a la manera de sus maestros y/o modelos: Rossi, Monterroso, Morábito...

Además, fue también editor, primero como redactor de *Vuelta* y luego como jefe de redacción de la revista musical *Pauta*, de su amigo y mentor Mario Lavista. Por si fuera poco, su antología del poema en prosa publicada por el Fondo de Cultura Económica es de obligada consulta y una buena forma de acercarse a sus afinidades electivas, abiertas y secretas.

Por ello, al dolor y la impotencia de la muerte de un amigo se añade la sensación de pérdida enorme para nuestra cultura. Destino trágico, vida trunca, trayectoria rota. Con el ego del artista que escenifica su suicidio “atado al

potro del alcohol” delante de sus amigos, que lloran en silencio su ruina diaria mientras se resignan a acompañarlo una vez más, después de agotados todos los recursos de la cordura, a tomar una última copa que nunca es una ni última, Nacho vivió absurdamente insatisfecho, pese a tenerlo todo: talento, inteligencia, una mujer y una hija bellísimas y extraordinarias, buenos y leales amigos, una familia central en la cultura mexicana como apoyo y una serie infinita de pasiones que pueden acompañar una vida de por vida. Pero sus fantasmas internos tenían prisa y otros planes.

La verdadera pasión que regía su vida era el ajedrez. No sólo como el excelente jugador que era, imaginativo y audaz —uno de los grandes jugadores mexicanos en el uso de los peones y experto donde los haya en la defensa francesa (que simula una taimada contención en el bando negro para luego contraatacar con furia sobre las desprevenidas piezas blancas)—, sino porque le fascinaban el ajedrez y su cultura, el ajedrez como metáfora del mundo. Por ello no sólo hablaba del asunto con Juan José Arreola, al que le hizo una célebre entrevista, o con su tío Eduardo Lizalde, o recitaba de memoria los sonetos de Borges, o analizaba al detalle *La defensa* de Nabokov, sino que tenía toda una colección de frases célebres sobre el ajedrez y un interminable catálogo de dichos populares. Llegó incluso a estudiar la vida y la obra de Carlos Torre, el jugador yucateco que derrotó a Murphy y Lasker e hizo tablas con Capablanca y que, sin duda, es uno de los grandes de todos los tiempos, pese a que su meteórica carrera se interrumpió apenas empezada por una enfermedad mental. Nacho conocía de memoria partidas enteras de Torre y fue el primero que me descubrió el célebre encuentro contra Dupré, en donde el genio yucateco obliga al rey rival, jugada tras jugada, a “suicidarse” delante de sus peones, como magnetizado por las piezas enemigas. La partida pasó a la historia del ajedrez como una de las más bellas de todos los tiempos,

inmortalizada con el título de “El rey encantado”.

Por ello jugar con Helguera era una delicia: por ser un rival temido y casi siempre victorioso, pero también porque el juego en sí se convertía en un diálogo, antes, durante y después, sobre la cultura del ajedrez y sus metáforas. Y por extensión, sobre todo lo demás que nos unía: la literatura, la pasión dolida por la ciudad de México, la música...

Nacho era el líder de una tertulia de ajedrez que acabó convertida en una pequeña institución semanal para sus integrantes. La mañana de los sábados, en la cafetería de la librería Gandhi, con el novelista Daniel Sada, con el pintor Gustavo Aceves, con el asesino del gambito Alberto MacLane, con el historiador y editor del Instituto Mora Hugo Vargas, con el narrador Armando Alanís, y luego los jueves por la noche, en un sistema de casa rotativa, al que luego se sumarían el poeta Luigi Amara y Jorgito Hernández, nos reuníamos a imaginar conjuras y celadas en nuestro universo-tablero de 64 escaques e infinitas posibilidades. Con la puntualidad que rige las pasiones genuinas e innecesarias, nos reuníamos a jugar y Nacho era el centro indiscutible de aquellos

aquellos, en donde nunca faltaron los excesos, dentro y fuera del tablero; competitivo, festivo, desbordado, su *performance* era insustituible. Incluso esa pasión nos hizo competir en el abierto por equipos de la primera fuerza de México, en un memorable viaje a Tlaxcala en donde nuestro equipo, titulado modestamente Nabokov, compuesto por Aceves, Alanís, MacLane, Helguera y quien esto escribe, logró un meritorio cuarto lugar nacional.

Con Nacho jugué en los escenarios y las circunstancias más dispares: desde los bucólicos jardines del hotel San Miguel Regla de Guanajuato, cuando coincidimos en un Festival Cervantino, hasta el insólito torneo que protagonizamos en un *table-dance*, para pasmo y angustia de las bailarinas que no entendían como unos “varoncitos” podían concentrarse en las “fichas” y el tablero y despreciar, cierto que sólo por turnos, sus alegres contorsiones en el escenario.

Estas líneas no pretenden ser una valoración objetiva de un autor y una personalidad cultural: son sólo el veloz retrato de un amigo entrañable, genial y atormentado, al que el polvo del destino se llevó a urdir jaques mates a otros demonios. —

— RICARDO CAYUELA GALLY

